

Cultura para armar



Fernando Rodríguez

El hilo de la voz

Tiene casi mil páginas. Es un artefacto complejo este Hilo de la voz, antología crítica de escritoras venezolanas del siglo XX (Fundación Polar, 2003). Tiene una larga introducción de sus autoras, la poetisa Yolanda Pantín y la novelista Ana Teresa Torres; la antología propiamente dicha que comprende unas setenta escritoras; un enjundioso índice sobre cada una de las antologizadas y otras escritoras (biografía, bibliografía de y sobre la autora); una contribución a la bibliografía del período que suma nuevas escritoras y obras no recogidas en el aparte anterior y, por último, una bibliografía general. Es decir que es uno de esos libros que por su rigor y exhaustividad necesariamente se convierten en el libro mayor sobre un tópico determinado, en este caso sustancial las letras producidas en un siglo por la mitad numérica de la población venezolana.

Libro que puede leer el pasante para degustar páginas de admirable literatura, el buceador de las aguas profundas de nuestra mentalidad nacional, la militante de la causa de la mujer y, por supuesto, el especialista que tendrá que apelar muchas veces a esa herramienta preciosa.

El estudio preliminar que comienza con la única huella literaria femenina de la Colonia, el poema "Anhelos" de María Josefa de la Paz y Castillo, y que llega a escritoras que hoy no han cumplido cuarenta años, me parece de una estupenda medida. Ni exaltación feminista, ni sobrecarga de adjetivos, ni paráfrasis literaria de la literatura, ni un esquema único y dogmático para totalizar la polifónica aventura, antes por el contrario prudentes sugerencias de caminos explicativos de diversos niveles para tan complejo y extenso fenómeno. Creo que lo que hay de central en ese estudio es ver el discurso literario femenino como un continuo desafío al discurso masculino dominante, como una intromisión que lo interviene, lo desestabiliza y enriquece, que lo barbariza por su inadecuación a los códigos reinantes para rejuvenecerlo y, paradójicamente, para civilizarlo.

“Entrar en lo bárbaro” dice un verso de Enriqueta Arvelo Larriva, junto a Teresa de la Parra, fundadoras de nuestra modernidad literaria femenina, que las autoras hacen emblema de su tesis.

Ante el mundo constituido de las letras, por los más diversos caminos la escritura de la mujer dice de otra manera, con otra voz, irrumpe intempestivamente -la mujer pertenece a la historia, pero también posee la suya-, a veces tira la puerta.

Para sólo referirnos a los inicios, Teresa de la Parra escribe *Ifigenia*, ese diario íntimo de una señorita caraqueña que se aburre, cuando Gallegos despliega su saga sociológica y realista para darnos nuestra primera visión de país.

Allí lo distinto y aparentemente menor abre la intimidad de la casa, nuevos pliegues del alma y tesoros del sentido de lo nacional como ha descubierto no ha mucho María Fernanda Palacios. O Enriqueta Arvelo abandonando la rima canónica, la de su hermano poeta, la norma del padre, para encontrar en su soledad provinciana, en el llano “ciego”, el grano de su voz y la más alta poesía de la tierra de su hora.

A ratos es la sexualidad vetada la que exclama y atemoriza y reforma como en el caso inusual de María Calcaño, también habitante “de la provincia de la provincia”.

Sin duda tras un siglo de encontronazos, de transacciones y rupturas, pareciera que esas historias se han hecho más cercanas y la mujer de letras, como la mujer a secas, se mueve en un espacio más homogéneo con la otra mitad de la especie. Este notable libro que es un momento necesario de autoconciencia habla de ello, de este siglo XXI, del ejercicio creciente de otra libertad.